



3. ¿Qué sindicalismo en tiempos de crisis?

Producir y trabajar para mantener la vida humana

Yayo Herrero

Han transcurrido más de cuatro décadas desde que el informe Meadows alertó sobre la inviabilidad física de un metabolismo económico que pretendiese crecer de forma permanente a costa de los recursos finitos del planeta Tierra.

Hoy, los signos de la extralimitación se encuentran por todas partes. Los procesos que mantienen las condiciones ecológicas adecuadas para que nuestra especie viva —clima, fotosíntesis, polinización, ciclo del fósforo— se encuentran profundamente alterados. Los caladeros de pesca, la tierra fértil, la energía fósil, los minerales, el agua limpia, la biodiversidad... se encuentran en declive.

Pero además vivimos una profunda crisis social, económica y política. Los derechos económicos y ciudadanos se encuentran en franca regresión, las desigualdades en los diferentes ejes de dominación (género, clase, etnia) se agrandan y la incompleta democracia que hemos vivido está profundamente erosionada.

La forma en la que se ha articulado el modelo productivo, de distribución y consumo en las sociedades capitalistas, colisiona frontalmente con las bases materiales que sostienen la vida humana. El crecimiento económico exponencial, ignorante de los límites físicos, y desvinculado de las necesidades humanas, se ha llevado por delante muchos ecosistemas y el bienestar de las personas. En el caso del Estado español, ha provocado la destrucción del litoral de la península —dejándolo sembrado de chalets adosados con un bajísimo nivel de ocupación—; ha fragmentado el territorio construyendo infraestructuras que apenas tienen uso; se desarrollaron complejos turísticos, macroubanizaciones y parques temáticos que hoy son una ruina.

El argumento que otorgó legitimidad social al desarrollo, concebido bajo estos parámetros, fue la creación de empleo y de riqueza social. Para la mayor parte de la gente, la recuperación del bienestar pasa por retomar la senda del crecimiento económico anterior.

No se puede decir que en el territorio del Estado español la conservación del territorio, de los bienes y recursos finitos haya actuado como freno a la creación y mantenimiento del empleo. Lo que ha provocado el estallido del espejismo del crecimiento ha sido justamente el modelo de crecimiento depredador, ignorante de los límites físicos y de las necesidades de las personas y, con frecuencia, corrupto. Cabe preguntarse, entonces, si tiene sentido una oposición tensa entre el mundo de la producción y el ecologismo, cuando lo que destruye la naturaleza que nos sostiene es lo mismo que explota a las personas y las desecha cuando le sobran: la dinámica expansiva del capitalismo.

La necesidad de reconvertir el metabolismo de la economía es urgente. Según los informes de las principales organizaciones y expertos que estudian el calentamiento global, puede que ya ni siquiera estemos a tiempo de evitar lo peor y haya que articularse rápidamente para afrontar una dura situación de colapso ecológico de la forma más humana posible.

Ya sea para encarar un proceso de transición o para encarar el colapso con la mayor dignidad posible, es preciso saber en qué situación material se encuentra el planeta. Creemos que una parte importante de las izquierdas y, desde luego, la mayor parte del movimiento sindical —al contrario que los sectores *neoon*, que aunque niegan la debacle ecológica, se están preparando acaparando tierras y recursos—, no lo saben. Se hacen propuestas contando con unos recursos que no existen y, por tanto, se establecen estrategias que son inviables.

El ecofeminismo anticapitalista puede ayudar a configurar una mirada que ayude a cambiar las prioridades y a alumbrar otras nociones de producción y trabajo que permitan afrontar la urgencia de estas transiciones y realizar propuestas viables en lo biofísico y justas en lo socioeconómico.

Ecodependientes en un planeta con límites

Como especie viva que somos, obtenemos lo que precisamos de la naturaleza. Pensar la vida humana y la economía al margen de la naturaleza es ciencia-ficción.

La dependencia ecológica nos sume de lleno en el problema de los límites. Se ha alcanzado el pico del petróleo convencional, y los del carbón y gas natural se alcanzarán a mediados del siglo XXI. La misma dinámica de declive se da en una buena parte de los minerales de mayor extracción. Aunque el agotamiento de los combustibles fósiles ya comienza a formar parte de las preocupaciones y discursos del poder y de la izquierda y los movimientos sociales, no sucede lo mismo con los minerales. De seguir con la dinámica actual, puede que sea físicamente imposible reconvertir el metabolismo económico.

Existen nueve límites planetarios en los procesos biofísicos que son fundamentales para garantizar la continuidad de los procesos de la naturaleza. Estos límites hacen referencia al cambio climático, al ritmo de extinción de la biodiversidad, a los ciclos del nitrógeno y el fósforo, al agotamiento del ozono

estratosférico, a la acidificación de los océanos, a la utilización de agua dulce, a los cambios de uso de suelo, a la contaminación atmosférica por aerosoles y a la contaminación química (plásticos, metales pesados, alteradores hormonales, residuos radiactivos, etcétera) (Rockström y otros, 2009). De estos nueve límites, los cuatro primeros están sobrepasados, y sobrepasarlos puede desencadenar cambios a gran escala y velocidad que conduzcan a otras condiciones naturales menos favorables para la vida de la especie humana.

Hasta qué punto las sociedades están dispuestas a asumir esto tiene mucho que ver con las visiones hegemónicas de los poderes político y económico, dispuestos a situar a amplias mayorías sociales en situación de vulnerabilidad, a cambio de la obtención de beneficios. Y también con el analfabetismo ecológico de esas mayorías sociales, incluida la mayor parte de la izquierda, que han interiorizado en sus esquemas mentales una inviable noción de progreso, de bienestar o de riqueza que resulta enormemente funcional para el sistema dominante pero nefasta para la vida humana.

Reorganizar el conjunto de la economía y de la sociedad requiere tener en cuenta cómo funciona la naturaleza, cuáles son sus dinámicas y cuáles son los límites que no se hubiesen debido sobrepasar. De no hacerlo podemos caer en el error de apostar por falsas salidas a las crisis económicas, de intentar resucitar un modelo de corte nekeynesiano que nunca más será viable desde el punto de vista físico y que, incluso, puede agravar la situación.

Interdependientes en un mundo que esconde la importancia material de las relaciones

Además de ser ecodependientes, cada ser humano presenta una profunda dependencia de otros seres humanos. Somos seres inmanentes y finitos que vivimos encarnados en cuerpos vulnerables. Durante toda la vida, pero sobre todo en algunos momentos del ciclo vital, las personas no podríamos sobrevivir si no fuese porque otras dedican tiempo y energía al cuidado de nuestros cuerpos.

En las sociedades patriarcales, son las mujeres quienes se han ocupado mayoritariamente del trabajo de atención y cuidado de los cuerpos vulnerables, no porque estén esencialmente mejor constituidas para ello, sino porque lo impone la división sexual del trabajo. Y realizan este trabajo en el espacio privado e invisible de los hogares, regido por la lógica patriarcal de la institución familiar.

El capitalismo y su cultura se han desarrollado de espaldas a las dependencias materiales que permiten la vida humana. Se basan en una creencia peligrosa para el futuro de los seres humanos: la de una falsa autonomía, tanto de la naturaleza como del resto de las personas.

Existe una íntima conexión entre un régimen social y el tipo antropológico necesario para hacerlo funcionar (Braudel, 1985). Por ello, es importante revisar los esquemas mentales con los que comprendemos y actuamos en el

mundo. El ecofeminismo, al poner en diálogo la potencialidad del pensamiento ecologista y el feminista, puede ayudar en esta tarea de deconstrucción.

Unas nociones de producción y de trabajo empobrecidas

Desde que la Fisiocracia en el siglo XVIII enunciase que producir era acrecentar las riquezas que producía la naturaleza sin menoscabar la base física que permitía la regeneración cíclica, hasta la noción hegemónica de producción que hoy puebla los imaginarios colectivos, se ha dado un giro de enorme trascendencia cultural y ecológica.

Bajo la lógica precapitalista, naturaleza y trabajo no eran antagónicos sino que la interacción entre ambos garantizaba la posibilidad de satisfacer las necesidades humanas y de desarrollar la economía. Hoy se postula que el capital es el motor de crecimiento económico y que puede sustituir a los otros dos factores de producción: la tierra y el trabajo.

El concepto de producción ya no está ligado a la satisfacción de las necesidades humanas y a la generación de valores de uso sino que se orienta a los valores de cambio. La producción ha pasado a ser cualquier proceso en el que se produce un excedente social medido en términos monetarios.

La sociedad no se pregunta por la naturaleza de lo que se produce y denomina y valora como producción, tanto lo que es necesario para satisfacer necesidades humanas como aquello accesorio o incluso indeseable desde el punto de vista del bienestar social.

Distinguir entre producciones que son socialmente necesarias y las que son socialmente indeseables es imprescindible si no se quiere hacer más profundo el hoyo en el que ya se encuentran muchos sectores de actividad económica y si se pretende reconvertir el modelo productivo antes de que sea inviable hacerlo desde el punto de vista físico.

Con la reducción del concepto de producción, el nacimiento de la industria y el proceso de desposesión del campesinado nació el proletariado, una gran masa de personas sin medios de producción que para subsistir se vieron obligadas a vender su fuerza de trabajo a los dueños de esos medios de producción.

El trabajo pasó a ser concebido como aquello que se hacía en la esfera mercantil a cambio de un salario, y todas aquellas funciones que se realizaban en el espacio de producción doméstica que garantizaban la reproducción y cuidado de los cuerpos humanos pasaron a no ser nombradas, aunque obviamente seguían siendo imprescindibles tanto para la supervivencia como para fabricar esa “nueva mercancía” que era la mano de obra (Carrasco, 2009).

La consideración del trabajo humano se redujo al empleo y la capacidad de trabajo —la potencia del ser— perdió fuerza, desplazándose el peso hacia el empleo, ámbito en el que el generador de riqueza no era la persona que trabajaba, sino la que empleaba. Se ha producido una cesión simbólica de poder desde

“La producción de vida es una precondición para la producción mercantil. El trabajo oculto de las mujeres en el hogar y la explotación de la naturaleza son esenciales para ‘producir’ las propias condiciones de producción”

quien tiene la capacidad de trabajo a quien tiene la posibilidad de emplear (Mora, 2013). Hoy, contrariamente a lo que el movimiento obrero defendía en sus inicios, se percibe al capitalista y al empresario como el motor generador de riqueza en detrimento de las personas y su capacidad de trabajo y de la fuerza regenerativa de la naturaleza.

La nueva economía transformó el trabajo y la tierra en mercancías. Pero ni la tierra ni el trabajo son mercancías porque o no han sido producidas, como es el caso de la tierra, o no han sido producidas para ser vendidas, como es el caso de la fuerza de trabajo. Se puede entender el alcance de esta

Gran Transformación si se recuerda que “trabajo no es más que un sinónimo de persona y tierra no es más que un sinónimo de naturaleza” (Polanyi, 1992).

La nueva noción de trabajo exigió hacer el cuerpo apropiado para la regularidad y automatismo exigido por la disciplina del trabajo capitalista (Federici, 2010), el cuerpo se convirtió en una maquinaria de trabajo. Y su regeneración y reproducción no era responsabilidad de la economía que se desentendió de ellas, relegándolas al espacio doméstico. Allí, fuera de la mirada pública, las mujeres se ven obligadas a asumir esas funciones, tan desvalorizadas como imprescindibles.

La producción de vida es una precondición para la producción mercantil. El trabajo oculto de las mujeres en el hogar y la explotación de la naturaleza son esenciales para “producir” las propias condiciones de producción (Mellor, 2000). El trabajo bajo la lógica capitalista solo puede ser productivo en el sentido de producir excedente mientras pueda obtener, extraer, explotar y apropiarse trabajo empleado en producir vida o subsistencia.

La participación en el mundo del trabajo asalariado es el salvoconducto que permite obtener derechos sociales y económicos. La posibilidad de cobrar una pensión, la protección pública cuando no se tienen medios de vida, o el acceso a los servicios públicos se obtiene participando precisamente en la esfera mercantil de la economía, es decir, trabajando de forma remunerada. Por tanto, todas aquellas personas excluidas del trabajo remunerado no tienen derechos sociales por sí mismas. Muchas mujeres que no participan en el trabajo asalariado y que han trabajado en sus casas no tienen por sí mismas derechos económicos y ciudadanos.

La falacia de la independencia

La teoría económica postula la existencia de una especie de sujeto abstracto, “Homo economicus”, un ser que cada día concurre a los mercados y compite

ferozmente con los demás para satisfacer su propio egoísmo. Supuestamente es en otros ámbitos de la sociedad, fuera de la economía pretendidamente autorregulada y aislada del resto de la vida, en donde se debe asegurar la equidad o el apoyo mutuo.

Sin embargo, es el espacio mercantil, en el que la solidaridad y el cuidado de la vida están ausentes, el que decide sobre el tiempo de las personas y la ordenación del territorio. Se delega la “gestión de la naturaleza” y la organización de los tiempos de las personas a una economía que está impulsada por la lógica de la ganancia. La consideración aislada de trabajo mercantil, ilusoriamente desgajada del resto de la vida social, constituye una *vivisección social* (Polanyi, 1992, p. 181) que termina convirtiendo esta última en “un accesorio del sistema económico” (Polanyi, 1992, p. 126).

La invisibilidad de la ecoddependencia y la interdependencia impide tomar conciencia de que el modelo económico patriarcal y capitalista no podría subsistir sin la explotación de la naturaleza y del trabajo de las mujeres en los hogares.

Dar un nuevo sentido a la lucha de clases

La clase no es concepto cristalizado ni estático (Thompson, 1989). Más bien hace referencia a relaciones de producción encarnadas en personas reales.

Lo que nutre la categoría de clase es la experiencia determinada por las relaciones de producción en las que las personas nacen y se socializan a lo largo de su vida. La conciencia de clase es la forma en la que esa experiencia se expresa en términos culturales y se encarna en tradiciones, sistemas de valores, ideas e instituciones (Thompson, 1989).

Puede decirse que la clase existe cuando algunas personas a partir de la experiencia colectiva articulan bajo una identidad sus intereses comunes frente a otras personas que tienen intereses diferentes y opuestos.

Desde una perspectiva ecofeminista, en el capitalismo, el concepto de producción no considera condiciones previas para que exista esta producción —la naturaleza y el trabajo— de reproducción generacional de la propia mano de obra. Se trata de una noción de producción empobrecida basada en un análisis material incompleto.

Al romper la falsa dicotomía producción/reproducción e incorporar la naturaleza dentro de las cuentas del metabolismo económico, las relaciones de producción se amplifican notablemente. La clásica tensión entre el capital y el trabajo asalariado que define la lucha de clases se extiende a la contradicción entre el capital y *todos* los trabajos y, al incorporar la inviabilidad del crecimiento indefinido de la producción capitalista en un planeta limitado, se convierte en una oposición esencial entre el capital y la vida.

Aparecen muchos más sujetos sociales con experiencia de clase y, por tanto susceptibles de tener conciencia de clase. La precariedad, el desempleo, la

pobreza energética, el consumo de alimentos-basura, la enfermedad a causa de la contaminación o los disruptores endocrinos, la falta de libertad sobre el propio cuerpo o la violencia patriarcal forman parte de la experiencia de clase y vienen derivadas de un modelo de producción, distribución y consumo que crece a costa de las personas y los ecosistemas.

Conseguir movimientos amplios requiere articular la identidad de un sujeto social con experiencia de clase, amplio y diverso, que ya no es, solo, la clase trabajadora clásica. La articulación social para la resistencia y la generación de alternativas requiere navegar ese mar de complejidad con formas de organización diferentes a las que requería una visión mucho más simplificada de la economía y las relaciones de producción.

El absurdo de rebelarse contra los datos

Girar la trayectoria suicida a la que conduce organizar la vida en torno al lucro y poner el bienestar de todas las personas en el centro, obliga a poner el foco de interés precisamente en las dimensiones de la economía que suelen permanecer ocultas detrás de creencias que han “conquistado el alma” de nuestras sociedades.

Solo se podrá salir de una forma digna de esta crisis planteando algunos elementos, a nuestro juicio, insoslayables.

El primero tiene que ver con el inevitable decrecimiento de la esfera material de la economía. No es un principio que se pueda o no compartir; es más bien un dato contra el que es inútil y peligroso rebelarse. Se decrecerá materialmente por las buenas, afrontando cambios drásticos apoyados en la suficiencia, o por las malas, por la vía de que cada vez menos personas, las que tienen poder económico y/o militar, sigan manteniendo su “espacio vital” a costa de que cada vez más gente no pueda acceder a los mínimos materiales que les garantice una existencia digna.

El segundo tiene que ver con la interdependencia. La dependencia no es algo específico de determinados grupos de población sino que “es la representación de nuestra vulnerabilidad; es algo inherente a la condición humana, como el nacimiento y la muerte” (Carrasco, 2009, p. 178).

Aceptar la interdependencia, condición para la existencia de humanidad, en sociedades no patriarcales supone que la sociedad en su conjunto se tiene que hacer responsable del bienestar y de la reproducción social. Ello obliga a cambiar la noción de trabajo y a reorganizar los tiempos de las personas: repartiendo el empleo remunerado y “obligando” a que los hombres y la sociedad se hagan cargo de la parte del cuidado que les toca.

Un tercer asunto es el reparto de la riqueza. Si tenemos recursos limitados, degradados y decrecientes, la única posibilidad de justicia es la distribución de la riqueza. Luchar contra la pobreza es lo mismo que luchar contra el acaparamiento de riqueza. Desacralizar la propiedad y cuestionar la legitimidad de la

propiedad ligada a la acumulación deben ser ejes centrales en los discursos y prácticas políticas.

El cuarto elemento es el que introduce una mayor angustia y tiene que ver con la urgencia. Algunas de las dimensiones de la crisis actual, sobre todo las que tienen que ver con la crisis ecológica, son muy urgentes.

Todo parece indicar que, aunque técnicamente aún sería posible revertir la crisis global, políticamente es casi imposible. Señala Riechmann que la revolución ecosocialista y ecofeminista tendríamos que haberla hecho ayer. Sin embargo, consideramos que mientras técnicamente sea posible, es obligatorio que los movimientos que apuestan por la emancipación, la justicia y la sostenibilidad se dejen la piel intentando cambiar la lógica biocida que conduce al desastre.

¿Cómo hacer para virar desde sociedades consumistas e individualistas hasta sociedades en las que la cooperación y la suficiencia sean los pilares que permitan ayudar a navegar los duros tiempos que se avecinan?

Mirar cara a cara la situación real que tenemos y hacer que otras personas la miren es imprescindible. Solo consiguiendo que grandes mayorías sociales sean conscientes de los riesgos que corremos y se impliquen en la deconstrucción y generación de alternativas es imprescindible. Para ello, la necesidad de trabajo humano es casi ilimitada. No tiene sentido que, habiendo tanto por hacer, la mayor potencia del ser, su capacidad de trabajo y de producir aquello socialmente necesario, se vuelque en ignorar y destruir lo que nos sostiene como humanidad.

Yayo Herrero es militante de Ecologistas en Acción.

Bibliografía citada

- Braudel, F. (1985) *La dinámica del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Carrasco, C. (2009) "Mujeres, sostenibilidad y deuda social". *Revista de Educación*, número extraordinario. Madrid: Ministerio de Educación.
- Federici, S. (2010) *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Mellor, M. (2000) *Feminismo y ecología*. México: Siglo XXI.
- Mora, L. (2013) "El trabajo con sentido en proyecto constituyente". *Papeles*, 122. Madrid.
- Polanyi, K. (1992) *La gran transformación: Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* (1944). México: Fondo de Cultura Económica.
- Rockström, J. (2009) "Planetary boundaries: exploring the safe operating space for Humanity". *Ecology and Society*, vol. 14, n.º 2.
- Thompson, E. P. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica. (Original: *The Making of the English Working Class*, Nueva York: Vintage Books, 1963).